

trarle su reconocimiento. Las de la reina corrian tambien en abundancia, profundamente conmovida por tan triste espectáculo y por el mismo movimiento de gratitud que le demostraban, y levantando á los unos, ayudando á otros, socorriéndolos á todos, parecia en medio de los lóbregos calabozos de aquellas cárceles, el ángel del consuelo y de la caridad.

Tomándolos á todos bajo su protección ordenó enseguida el secuestro de las rentas del Cabildo, mandando que todos sus individuos se le presentasen á rendir homenaje á la autoridad que estaba depositada en sus manos, obligándoles además á manumitir á sus siervos, y llevando á tal extremo su bondad, que para indemnizarles de las pérdidas que por esto pudieran tener, les señaló anualmente una cantidad de su propio tesoro.

De tal modo comprendia Doña Blanca los grandes deberes de su cargo y con acciones tan dignas conquistaba para su nombre la corona de la inmortalidad.

IV.

Pero ¡ay! que mientras con tanta prudencia, energía y saber gobierna á la Francia, la suerte de sus hijos en Palestina le preparaba dias aciagos y profundos pesares. En vano Luis IX se cubre de gloria alcanzando brillantes triunfos. La falta de prevision con que, fiándolo todo á su guerrero ardor, se lanzó á aquella campaña en tan apartadas regiones, fué causa de que su ejército se viera reducido al último extremo por la escasez de viveres, y por las enfermedades epidémicas, que causaban temible estrago en los soldados cristianos. Roberto, hermano del rey habia muerto en el campo de batalla, y Carlos y Alfonso, y el monarca mismo, quedaron en cierto modo sin libertad y bajo el poder del enemigo. Doña Blanca, tan serena siempre, tan activa y enérgica en el peligro como en la calma, al tener

noticia de tanta desventura sintió en su corazón de madre tan violenta pena, que olvidándose de todo, solo pensó ya en los medios de alcanzar la libertad de sus hijos. Para conseguirlo no perdonó medio ni fatiga, y convencida de que solo por fuerza de dinero ó por fuerza de armas habia de obtener el rescate, reunió cuantas sumas pudo allegar, y levantó cuantas tropas pudo reunir.

Y á este justo y natural deseo de abrazar á sus hijos, agregábase tambien el amor que profesaba á sus pueblos. Doña Blanca se sentia enferma, y con la prevision de su talento privilegiado temia dejar á la Francia privada de persona que la dirigiera en su difícil gobierno. Asi es que al mismo tiempo que enviaba á su hijo los medios para poder regresar á sus estados, le escribia rogándole no dilatase mucho su vuelta, por que se iba sintiendo cada dia mas débil para desempeñar dignamente su encargo.

Bien hubiera querido Luis volver enseguida á su reino, pero los generosos impulsos de su corazón se lo impidieron. Apenas habia obtenido su libertad, cuando supo que los sarracenos hacian sufrir los mas crueles tormentos á los franceses que caian prisioneros, y el deseo de impedirlo y libertarlos, le hizo permanecer cuatro años mas en Palestina, continuando la guerra santa.

Entre tanto nuevas calamidades ponian á prueba el esforzado espíritu de la princesa española. Las tropas que habia reunido para socorrer á su hijo habianse convertido en una verdadera calamidad para la Francia. Mezclados con los guerreros á quienes atraia un verdadero celo religioso, habian acudido multitud de vagos, ladrones, y malhechores de todo género, que acantonados en los alrededores de Paris, dejaban por donde quiera señalado su paso con el pillaje y la devastacion. No era Doña Blanca mujer que fácilmente se dejase arrastrar por el temor. Conociendo los daños que estaban causando al país semejantes auxiliares, bien pronto consiguió que sus leales tropas arrojasen de Francia á aquellos aventureros, indignos de llevar sobre su pecho la roja enseña de los cruzados.

Aquel último esfuerzo de la enérgica voluntad de Doña Blanca

fué el postrero. El continuo trabajo y la constante actividad de su inteligencia, mas que los años, minaron lentamente la existencia de la ilustre princesa, y una fiebre ardiente y continua la iba consumiendo de día en día.

El primero de Diciembre de 1252 fué el último en que sus ojos pudieran contemplar el espectáculo de un pueblo entero rogando por su vida. Al sentir próxima su muerte habia tomado pocos dias antes el hábito de la orden del Cister, haciendo sus votos en manos de la abadesa de Maubisson á cuya abadía, fundada por la piadosa reina con el propósito de que en ella se elevasen diariamente oraciones por el descanso de su padre Alfonso de Castilla, de su madre Leonor de Inglaterra y de su esposo Luis VIII, fué conducido el cuerpo de Doña Blanca, con el rostro descubierto, sentada sobre un trono dorado y cubierto con el manto real el hábito de religiosa, en hombros de los principales señores de la corte. Depositada en medio del coro, durante muchos dias solo se oyeron en todas las iglesias de Francia las preces que elevaban al cielo sus desconsolados habitantes, por la que habia sido durante su vida la digna reina y la cariñosa madre de aquel gran pueblo ¹.

¹ Doña Blanca tuvo de su esposo Luis VI once hijos, de ellos nueve principes y dos princesas. Felipe que murió á los nueve años de edad; San Luis, Rey de Francia; Roberto, de quien descendian los condes de Artois; Felipe y Juan, que murieron muy jóvenes; Alfonso, Conde de Poitiers; Felipe, llamado Dagoberto, que murió muy joven, lo mismo que Estéban y Carlos, primer ascendiente de los condes de Anjou.